

Por qué nos encontramos en guerra (1)

Según parece, todavía hay algunos ingleses e inglesas, que erran gravemente sobre los motivos que nos han inducido a desmenuar la espada. Crean que la flagrante violación de la neutralidad de Bélgica por Alemania es lo que colmó la copa de la indignación y lanzó nuestro pueblo a la guerra. No reflexionan que nuestro honor y nuestro interés debían haberlos compelido a unirse con Francia y Rusia, aunque Alemania hubiese respetado escrupulosamente los derechos de su pequeño vecino y tratara de abrirse camino hacia Francia a través de las fortalezas del Este. El Canciller alemán ha insistido más de una vez sobre esta verdad. Se ha imaginado que al insistir en este punto formulaba un argumento poderoso contra nosotros. Esto, con tantas otras cosas, sólo demuestra que desconoce completamente nuestra actitud y nuestro carácter. La invasión de Bélgica, y todavía más el abominable sistema de crímenes que la siguió, es verdad que nos ha conmovido. Como Alemania, hemos considerado como un honor mantener la palabra empeñada. Pero sabemos muy bien que, al guardarla, el interés propio ha sido el poder del honor, de la justicia y de la santidad. ¿Por qué garantizamos la neutralidad de Bélgica? Por una imperiosa razón de conveniencia nacional, por la razón que siempre nos hizo oponernos al establecimiento de cualquier gran potencia contra nosotros en la costa del Este, por la razón que nos llevó a defender los Países Bajos contra España y contra la Francia de los Borbones y de Napoleón.

Guardamos nuestra palabra cuando la hemos dado, pero no la damos sin poderosas razones prácticas, y no queremos ser internacionales. Don Quijotes, dispuestos en cualquier ocasión a vulgar ultrajes que no nos afectan.

Herr von Bethmann Hollweg tiene toda la razón. Aunque Alemania no hubiera invadido a Bélgica, el honor y el interés nos habrían unido a Francia. La verdad que rebasamos darle a ella y a Rusia ningún compromiso hasta el último momento. Pero no obstante, durante los últimos años, les dimos a comprender que, si eran injustamente atacadas, podían contar con

nuestra ayuda. Esto ha sido el eje de la política europea seguida por las tres potencias. Como la misma Alemania reconoce, fué un poderoso factor para la conservación de la Paz. Inglaterra ha reportado ventajas, lo mismo que sus amigos. Se habría desahogado para siempre, si después de obrar de acuerdo con ellas en los tiempos buenos y alentado la confianza que tenían en nuestra ayuda, las hubiese abandonado en la hora del peligro. Esto es lo que el Canciller alemán nos forzó a ejecutar. Comprendió que si nos rendíamos a sus seducciones y consentíamos aquel acto de baja traición, con el pretexto de que no habíamos comprometido técnicamente a ayudar a nuestros amigos, no volveríamos a encontrar amigos en el porvenir. El arrojamiento en la política de completo aislamiento ha sido el sueño acariciado en la Wilhelmstrasse. Resulta en ventaja para el proyecto alemán de dominar al mundo, para lo cual es bien evidente que el preliminar ha de ser la destrucción, la humillación de Inglaterra. Pero, lo mismo aquí que en el caso de Bélgica, «El honor es la mejor política». Nos unimos a la Triple Entente porque comprendimos, aunque algo tarde, que había pasado el tiempo del «espíritu del aislamiento».

Volvimos a nuestra política histórica de la balanza de poderes, por las mismas razones que la hicieron adoptar a nuestros padres. No entraban razones de sentimiento, sino de interés propio, de egoísmo sólido. La principal de entre ellas era, ciertamente el deseo de conservar la paz de Europa, pero era porque aquella paz era el único camino de mantener la nuestra. En vísperas de la guerra vimos como nuestros padres en otros tiempos que la primera línea de ataque y de defensa de Inglaterra se encontraba en sus alianzas continentales. Cuando arrojamos a todos los Estados de Alemania, y prácticamente a toda Europa, en la Gran Guerra (la napoleónica), no gastamos nuestro oro por amor a Alemania ni por la libertad de Austria, ni por atráramos de ninguna clase. No obramos de aquel modo por nuestra salvación y nuestra propia ventaja, y, como era de esperar, nuestros amigos eran recompensados debidamente (2).

En la presente guerra, como ya otra vez hemos dicho en *The Times*, Inglaterra combate por las mismas razones exactamente que luchó contra Felipe II, Luis XIV y Napoleón. Lucha por los oprimidos, es verdad de Bélgica y Serbia y se negocia de pensar que se opone a los tiranos. Apoya a sus aliados en la defensa de su territorio y de sus hogares contra el agresor, y está orgullosa de derramar su sangre y su oro por una causa sagrada. Pero no lucha principalmente por Bélgica, ni por Serbia, ni por Francia, ni por Rusia. Estas naciones ocupan mucho sitio en sus pensamientos y en su corazón. Pero figuran en segundo lugar. El primer punto corresponde, y corresponde de derecho, a ella misma. Por ella y por su Imperio, sus hijos luchan y mueren en las trincheras y campos de Picardía y Artois, por lo que su flota vigila incansablemente

el mar del Norte, y por quien sus cañones se han disparado desde el Pacífico a los Dardanelos. Nuestros soldados y nuestros marinos están defendiendo sus hogares y los hogares de sus conciudadanos en el suelo francés y en aguas turcas, como si se encontraran frente a las tropas alemanas en Norfido o a los barcos alemanes en Harwich. Nuestros enemigos están más lejos, pero si aplastaran a nuestros aliados como presuntuosamente pretendían, el ataque a nuestra casa no tardaría mucho en sobrevenir. Alemania se jacta de que su misión histórica consiste en conquistar un gran imperio mundial, lo cual le dará el modo de imponer sus ideas a la humanidad. Nuestro imperio y nuestros ideales son el principal obstáculo a su plan.

Esta consideración es la clave de toda la política del mundo. Por ella ha empujado el tridente. Por ella ha intriguado años y años en Egipto, en India en el África del Sur. Por ella ha seguido con atención nuestras controversias domésticas y con vigilancia maligna ha erido descubrir en nosotros síntomas de decadencia. Por esto trató, repetidamente, de sembrar la desconfianza entre nosotros y nuestros amigos, y por lo que a lo último se entorció en que fuéramos traidores. Su objeto en esta guerra es deshacer la Triple Entente, para destruir luego el libre imperio de Inglaterra y fundar sobre sus ruinas un Imperio alemán mundial de militarismo y burocracia. Nos odia, así lo proclama, con odio más feroz que el que siente por los belgas y franceses. Nos odia porque nos envidia, y porque nuestro honor y nuestro buen sentido han roto los sutiles hilos de su diplomacia. Nos encontramos en armas para salvarnos de las inmortales consecuencias de su malvencia. Para proteger nuestros hogares del asalto y del robo, del saqueo organizado y del sistemático saqueamiento, hemos cruzado los mares para proteger el Imperio, nuestra raza ha hecho un gran esfuerzo por la seguridad de nuestros hijos y por conservar la herencia espiritual de la que somos los guardianes, tomamos parte en las batallas de Francia y enviamos allá los más grandes y los más poderosos ejércitos que ha conocido nuestra historia: los fines por los cuales Inglaterra ha empujado su último chelín y su último hombre (3).

(De *The Times* de Londres del 8 de marzo.)

(1) El *Times*, que en los primeros meses de la guerra nos enseñó de su tener que la actitud de Inglaterra se debía a la violación de la neutralidad de Bélgica por Alemania, acaba de rectificar, pero sólo en parte, cuando dice que el Canciller alemán tenía toda la razón, sólo la reconoce en un punto. En el anterior artículo se dice en una palabra sobre los intereses comerciales y materiales de los súbditos británicos, interesa en los que hoy que basan su fundamento de todo lo que ha hecho Inglaterra—como los demás pueblos que no han creído de vista sus consecuencias—desde que se constituyó como nación, es decir, que, si la guerra continúa como hasta ahora, dentro de algunos meses *The Times* concluirá por despreciarse de sus últimas decisiones. Interesas de las herencias espirituales, militares y burocráticas, y las construye por sí mismas palabras sus propios.

Imprenta y Librería
TREJOS Hnos.
San José. - C. R.

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el siguiente interesante artículo que en lugar preferente publicamos el *Times* del día 8 de marzo. Es la primera vez que la prensa inglesa se decide a hablar verdaderamente y abandona el tópico de la neutralidad de Bélgica, que a tantos ilusos le engañaba, para justificar la conducta de sus aliados. No obstante, se ha dividido a pesar de aquel monótono argumento, ello se debe a la necesidad de llevar al ánimo de los ingleses el conocimiento de que la *Triple* actual es indistinto elemento nacional y que interesa a toda de cerca a todos. Punto práctico y poco idealista el lenguaje, la campaña tendenciosa que abrió la prensa inglesa para justificar la defensa de Bélgica, día por día, que cuando en la Gran Guerra la creencia de que el conflicto no los interaba de un modo directo, de aquí el fracaso del movimiento, la indiferencia ante el peligro, la continuación de los conductos de orden social, el descontento por el encasillamiento de las subsistencia y por el aumento en los tributos, etcétera. Aquella campaña dio sus apoteósicos frutos en las palabras y en las cosas más predilectas a creer no que dijera Inglaterra, pero resultó correspondiente en el país propio. Ha sido mejor desandar el camino y buscar a los ojos por el mundo. No obstante, ha dado demasiado juicio de la neutralidad de Bélgica, para que los que la exploraron fuera de Inglaterra reconocan su error.

(2) Sería muy curioso conocer el motivo último que los pájaros azules y algunos de los que siguen desearán en los franceses y rusos.